

dos con bailes. Sobresalió el coro de los Atenienses por la hermosura de sus voces, y por su destreza en la ejecucion. Cada instante ofrecia escenas interesantes y rápidas. ¿Cómo podré describirlas? ¿Cómo representar aquellos movimientos, aquellos conciertos, aquellos gritos, aquellas ceremonias augustas, la alegría tumultuosa, la multitud de objetos, que comparados unos con otros se prestaban nuevos encantos?

Fuimos arrebatados al teatro, donde se daban los combates de poesía y de música, á que presidian los anfictiones. Ellos son los que en diferentes tiempos han establecido los juegos que se celebran en Delfos, y tienen á su cargo el gobierno de ellos; conservan el buen orden, y decretan la corona al vencedor. Entraron en la lid muchos poetas. El asunto del premio es un himno á Apolo, que debe cantar el mismo autor acompañándose con la cítara. La hermosura de la voz, y el arte en sostenerla con armoniosas consonancias, influyen tanto en la opinion de los jueces y de los concurrentes, que por no haber tenido estas dos prendas, fué en otro tiempo excluido Hesiodo del concurso; y por haberlas poseído en grado eminente, han logrado el premio otros autores, aun cuando ofreciesen obras que ellos no habian compuesto. Los poemas que oimos, tenian muchas bellezas.

El que fué coronado, recibió aplausos repetidos hasta el punto que los heraldos se vieron precisados á imponer silencio. Despues se vieron venir los tocadores de flauta.

El asunto que se acostumbra proponerles, es el combate de Apolo con la serpiente Piton. Es necesario que en su composicion se puedan distinguir las cinco principales circunstancias del combate. La primera parte es un preludio: la accion se empeña en la segunda; se anima, y se termina en la tercera; en la cuarta se oyen los gritos de la victoria; y en la quinta los silbidos del monstruo antes de espirar. Apenas adjudicaron el premio los anfictiones, cuando pasaron al Estadio, donde se iba á dar principio á las carreras de á pie. Se propuso una corona para el que llegase antes al término; otra para los que la corriesen dos veces; y otra para los que la corriesen dos veces seguidas; y esto es lo que se llama carrera sencilla, doble y larga. Vimos suceder á estos varios ejercicios, la carrera de los niños, la de los hombres armados, la lucha, el pugilato y otros muchos combates, que describiremos hablando de los juegos olímpicos.

En otro tiempo se presentaba á los vencedores cierta cantidad de dinero; pero cuando se ha querido honrarlos mas, no se les ha dado mas que una corona de laurel.

Nosotros cenamos con los teoros ó diputados de Atenas. Algunos se proponian consultar al oráculo, que debía responder á sus preguntas á la mañana siguiente; porque nadie puede acercarse á él sino en ciertos dias del año; y la Pitia no se pone en la tripode mas que una vez al mes. Tambien nos resolvimos nosotros á consultarla, no mas que por curiosidad, y sin confianza alguna en sus respuestas.

Por la noche la juventud de Delfos andaba por las calles cantando versos á la gloria de los que acababan de ser coronados; todo el pueblo hacia resonar los aires con largos y tumultuosos aplausos; la naturaleza entera parece que participaba del triunfo de los vencedores. Aquellos ecos numerosos que descansan en las cercanías del Parnaso, despertados repentinamente al ruido de las trompetas, y llenando con sus voces las cavernas y los valles, se comunicaban, y llevaban á lo lejos las ruidosas expresiones de la alegría pública.

Al dia siguiente fuimos al templo; dimos por escrito nuestras preguntas, y esperamos á que la suerte decidiese el momento en que debiamos acercarnos á la Pitia. Luego que nos avisaron, la vimos pasar por el templo, acompañada de algunos profetas; poetas y santos, que entraron con ella en el santuario. Parecia triste, decaida, y como si la llevasen por fuerza, cual una víc-

tima al sacrificio. Iba masticando laurel, y al pasar echó algunas hojas de él mezcladas con harina de cebada en el fuego sagrado; tenia una corona en la cabeza, y ceñida la frente con una venda.

En otro tiempo no habia en Delfos mas que una Pitia; pero luego que se aumentó el concurso de gentes á este oráculo, se pusieron tres, y se decidió que tuviesen mas de cincuenta años, despues que un tesalo robó una de estas sacerdotisas. Hacen su servicio por turno. Son escogidas de entre las de Delfos, y en la clase mas baja. Comunmente son mugeres pobres, sin educacion, ni experiencia; de costumbres muy puras, y de poco talento. Deben vestir sencillamente, no perfumarse nunca con esencias, y pasar la vida en el ejercicio de las prácticas religiosas.

Eran muchos los extranjeros que se proponian consultar al oráculo. El templo estaba rodeado de víctimas, que espiraban bajo el sagrado cuchillo; y cuyos alaridos se mezclaban con el cántico de los himnos. El impaciente deseo de conocer lo futuro se pintaba en los ojos de todos, juntamente con la esperanza y el temor, que son inseparables de él.

Uno de los sacerdotes se encargó de prepararnos. Despues de purificarnos con el agua santa, ofrecimos un toro y una cabra. Para que este

sacrificio fuese agradable á los dioses, era preciso que el toro comiese, sin pararse, la harina que se le presentaba; era necesario que despues de echar agua fria sobre la cabra, se la viesse temblar por algunos instantes. No nos dieron razon alguna de estas ceremonias; pero quanto mas inexplicables son, tanto mas respeto inspiran. Habiendo justificado el suceso la pureza de nuestras intenciones, entramos en el templo coronados de laurel, y con un ramo rodeado de una cinta de lana blanca en las manos. Este es el simbolo con que los suplicantes se acercan al altar.

Fuimos introducidos en una capilla, en donde en ciertos momentos que, segun se dice, no son ni previstos, ni ordenados por los sacerdotes, se respira repentinamente un olor en extremo suave. Se cuida de hacer observar á los extrangeros este prodigio.

Poco despues vino el sacerdote á buscarnos, y nos llevó al santuario, especie de caverna profunda, cuyas paredes están adornadas con varias ofrendas. Acababa de desatarse una cinta, en que estaban bordadas coronas y victorias. Al principio nos costaba trabajo distinguir los objetos; porque el incienso y otros perfumes que se quemaban allí continuamente, llenaban todo de un humo espeso. En el medio hay un respiradero, del cual sale la exhalacion proféti-

ca. Se va hasta él por un pendiente insensible; mas no se le puede ver, porque está cubierto con una tripode tan rodeada de coronas y ramos de laurel, que no puede difundirse afuera el vapor.

Entonces nos habíamos retirado á un lado. La Pitia, fatigadísima ya, se negaba á responder á nuestras preguntas. Los ministros que la rodeaban, empleaban alternativamente las amenazas y la violencia. En fin, cediendo á sus esfuerzos, se puso en la tripode, despues de haber bebido una agua que mana en el santuario, y que, segun dicen, sirve para descubrir lo futuro.

Apenas bastarian los colores mas vivos para pintar los rebatos que se apoderaron de ella repentinamente. Vimos inchársele el pecho, y ponerse encarnado, y luego pálido su semblante: todos sus miembros se agitaban con movimientos involuntarios; pero no se le oian mas que gritos lamentables y dilatados gemidos. Luego centelleando los ojos, arrojando espuma por la boca, erizados los cabellos, no pudiendo resistir mas al vapor que la ahogaba, ni arrojarse de la tripode, en donde la tenian los sacerdotes, rasgó su venda, y entre los mas terribles ahullidos, pronunció algunas palabras que recogieron con ahinco los sacerdotes. En seguida las pusieron en orden, y nos las dieron por escrito. Yo habia preguntado si tendria la desgracia de so-

brevivir á mi amigo. Sin concertarse conmigo, habia hecho Filotas la misma pregunta. La respuesta era oscura y equívoca, y la hicimos pedazos al salir del templo.

Entonces nos llenamos de indignacion y de lástima, culpándonos con amargura del estado funesto á que habiamos reducido aquella infeliz sacerdotisa. Ejerce funciones odiosas, que han costado la vida á muchas de sus semejantes. Los ministros lo saben, y no obstante los hemos visto multiplicar y contemplar á sangre fria los tormentos que la abrumaban. Lo que mas irrita es, que un vil interes endurezca sus corazones; porque sin los furores de la Pitia la consultarian menos, y serian menos abundantes las liberalidades de los pueblos; pues cuesta mucho obtener la respuesta del dios. Los que no le tributan mas que un homenaje sencillo, deben á lo menos poner sobre el altar tortas y otras ofrendas: los que quieren saber lo futuro, deben sacrificar animales. Hay gentes que en tales ocasiones no se corren de ostentar el mayor fausto. Como quedan para los ministros del templo muchas víctimas, ya las desechen, ya las admitan, basta la mas mínima irregularidad que descubran, para excluirlas; y se han visto arúspices mercenarios escudriñar las entrañas de un animal, quitar las partes integrantes, y hacer comenzar de nuevo el sacrificio.

Sin embargo este tributo impuesto durante todo el año á la credulidad de los hombres, y exigido severamente por los sacerdotes, que forman de él su renta principal; este tributo, digo, es infinitamente menos peligroso, que la influencia de sus respuestas en los asuntos públicos de la Grecia y del resto del mundo. Es preciso lamentarse de los males del género humano, al pensar que ademas de los prodigios fingidos con que los habitantes de Delfos hacen un tráfico continuo, se pueden lograr, á precio de dinero, respuestas de la Pitia; y que de este modo una palabra dictada por sacerdotes corrompidos, y pronunciada por una muger mentecata, basta para suscitar guerras sangrientas, y desolar todo un reino.

El oráculo exige que se hagan á los dioses los debidos honores; pero no prescribe regla alguna sobre ello; y cuando se le pregunta que cual es el mejor culto, responde siempre: confómate con el que está admitido en tu pais. Exige tambien que sean respetados los templos, y pronuncia penas severisimas contra los profanadores, ó usurpadores de sus bienes. Voy á citar un ejemplo.

La llanura que se extiende desde el monte Parnaso hasta el mar, pertenecia, hace como dos siglos, á los habitantes de Cirra; y el modo de despojarlos de ella, manifiesta bastante la espe-

cie de venganza que se ejecuta aquí contra los sacrilegos. Imputáronles que exigían contribuciones á los Griegos que desembarcaban en sus puertos para ir á Delfos, y que habían hecho incursiones en algunas tierras que pertenecían al templo. Consultado el oráculo por los anfictiones en punto al género de suplicio que merecían los culpados, mandó que se les persiguiese de día y de noche; que se talase su país, y se les hiciese esclavos. Al punto corrieron muchas naciones á las armas. Fué arrasada la ciudad, y el puerto inutilizado; sus habitantes fueron degollados, ó encadenados; y habiendo consagrado sus ricas campiñas al templo de Delfos, se hizo juramento de no cultivarlas, de no edificar en ellas casas, y se pronunció esta imprecación terrible: « que los particulares, ó los pueblos que se atrevan á quebrantar este juramento, sean execrables á los ojos de Apolo y de las demás divinidades; que no den fruto sus tierras; que sus mugeres y sus rebaños no produzcan mas que monstruos; que ellos perezcan en los combates; que salgan mal de todas sus empresas; que se acabe con ellos su generacion; y que mientras vivan, Apolo y las demás divinidades desechen con horror sus votos y sacrificios. »

Por la mañana bajamos al llano para ver las corridas de caballos y carros. El Hipodromo (este es el nombre que dan al espacio que se debe

correr) es tan grande, que algunas veces se ven hasta cuarenta carros disputarse la victoria. Nosotros vimos partir de la barrera diez á la vez, y de ellos volvieron muy pocos, porque los demás se hicieron pedazos contra la meta, ó en el medio de la carrera.

Acabadas las corridas, subimos á Delfos para ver los honores fúnebres que la teoría de los Enianes debía hacer á los manes de Neoptolemo, y de la ceremonia que debía precederles. Este pueblo, que cuenta á Aquiles en el número de sus reyes antiguos, y que honra especialmente la memoria de este heroe y de su hijo Neoptolemo, habita cerca del monte Eta en Tesalia. Cada cuatro años envía una diputacion á Delfos, no solamente para ofrecer sacrificios á las divinidades de estos lugares, sino tambien para hacer libaciones y oraciones sobre el sepulcro de Neoptolemo, que murió aquí al pie de los altares á manos de Orestes, hijo de Agamenon. El día antes había cumplido el primero de estos deberes, y ahora iba á cumplir el segundo.

Un mancebo rico de Tesalia, llamado Polifron, estaba al frente de la teoría. Como pretendía ser descendiente de Aquiles, quiso presentarse con el esplendor que pudiese justificar á los ojos del pueblo tan alta pretension. Abria la marcha una hecatombe compuesta efectivamente de cien bueyes, unos con las astas doradas, y otros lle-

vaban por adorno coronas y guirnaldas de flores. Eran conducidos por otros tantos tesalos vestidos de blanco, que llevaban hachas al hombro. Seguíanse otras víctimas interpoladas de trecho en trecho con músicos tocando diversos instrumentos. Venian luego varias doncellas, cuya hermosura atraía las miradas de todos, las que caminaban á compas cantando himnos en loor de Tetis, madre de Aquiles, y llevando en las manos y en la cabeza canastillos con flores, frutas y aromas preciosos: seguíanse á ellas cincuenta mancebos de Tesalia montados en soberbios caballos, que blanqueaban sus frenos con espuma, sobresaliendo entre todos Polifron, tanto por la gallardía de su persona, como por la riqueza de sus vestidos. Así que estuvieron delante del templo de Diana, salió la sacerdotisa, presentándose con el ademán y atributos de la diosa, con una aljaba al hombro, y en las manos un arco, y una hacha encendida. Subió en un carro, y cerró la marcha, que continuó en el mismo orden hasta el sepulcro de Neoptolemo, situado en un cercado á la izquierda del templo.

Los tesalos de á caballo dieron tres vueltas al rededor: las doncellas de Tesalia despidieron dilatados gemidos, y los otros diputados gritos de dolor. Un momento despues se dió la señal, y todas las víctimas cayeron al rededor del altar. Cortáronles las extremidades, y las pusieron so-

bre una grande pira. Los sacerdotes, despues de haber rezado algunas oraciones, hicieron libaciones sobre la pira, y Polifron le puso fuego con el hacha que habia recibido de mano de la sacerdotisa de Diana. Despues se dieron á los ministros del templo los derechos que les pertenecian de las víctimas, y se reservó lo demas para un banquete, á que fueron convidados los sacerdotes, los principales habitantes de Delfos, y los teoros ó diputados de las demas ciudades de la Grecia. Nosotros fuimos admitidos á este banquete; pero antes de ir á él, pasamos al Lesqué que teniamos á la vista.

Este es un edificio ó pórtico llamado así, porque se juntan allí varias gentes á conversar ó tratar de negocios. Hallamos en él muchas pinturas que se acababan de presentar á un concurso establecido cerca de un siglo antes. Pero estas obras nos llevaron menos atencion, que las pinturas que adornan las paredes, las cuales son de mano de Polignoto de Tasos, y las dedicaron en este lugar los Cnidios.

En la pared de la derecha ha representado Polignoto la toma de Troya, ó mas bien las consecuencias de esta toma; porque escogió el momento en que casi todos los Griegos, hartos de carnicería, se disponian para volver á su patria. El lugar de la escena abraza no solamente la ciudad, cuyo interior se descubre por entre las

murallas que se acababan de destruir, sino tambien la costa, donde se ve el pabellon de Menelao, empezando á desplegarse, y su navío pronto á darse á la vela. Se ven tambien varios grupos en la plaza pública, en las calles, y en la costa. Aquí está Helena acompañada de dos criadas, rodeada de muchos troyanos heridos, cuyas desgracias causó, y de muchos griegos que parece contemplan todavía su belleza. Mas allá está Casandra sentada en el suelo en medio de Ulises, Ajax, Agamenon y Menelao, inmóviles y de pie cerca de un altar; porque generalmente reina en toda la pintura aquel sombrío silencio, aquel reposo terrible, en que caen los vencedores y los vencidos, cuando unos están cansados de su barbarie, y otros de su existencia. Neoptolemo es el único, cuyo furor no está saciado, y persigüé todavía á algunos débiles troyanos. Esta figura atrae mas que nada las miradas del espectador; y esta era sin duda la intencion del artista, cuando trabajaba para un lugar inmediato al sepulcro de este príncipe.

Se experimentan las impresiones mas vivas del terror y de la compasion al considerar el cuerpo de Priamo y los de sus gefes principales tendidos, cubiertos de heridas, y abandonados en medio de las ruinas de una ciudad antes tan floreciente; se experimentan á la vista de un niño, que llevado en brazos de un esclavo an-

ciano, se tapa los ojos con la mano para no ver los horrores que le cercan; de aquel otro niño, que atemorizado corre á abrazarse de un altar; de las troyanas, que sentadas en el suelo, y casi amontonadas unas sobre otras, parece que las abruma el peso de su destino. Dos hijas de Priamo son del número de estas cautivas, y tambien la infeliz Andrómaca, que tiene á su hijo sobre el regazo. El pintor nos ha dejado ver el dolor de la mas joven de las princesas; mas no se puede juzgar del de las otras dos, por tener cubierta la cabeza con un velo.

En aquel momento nos acordamos de que se tenia por mérito en Timante el haber tapado con un velo la cabeza de Agamenon en su sacrificio de Ifigenia. Esta imagen la habia empleado antes Eurípides, quien sin duda la tomó de Polignoto. Sea de esto lo que fuese, en un ángulo de la pintura que acabo de describir, se lee esta inscripcion de Simónides: *Polignoto de Tasos, hijo de Aglaofonte, representó la destruccion de Troya.* Esta inscripcion está en verso, como lo están casi todas las que se dirigen á eternizar los nombres y hechos famosos.

En la pared opuesta pintó Polignoto la bajada de Ulises á los infiernos, conforme á la relacion de Homero y de otros poetas. La barca de Carón, la evocacion de la sombra de Tiresias, el Eliseo poblado de heroes, el Tártaro lleno de

malvados; tales son los objetos principales, que se presentan al espectador. Se puede notar allí un género de tormento terrible y nuevo, que Polignoto destina á los hijos ingratos, poniendo en la escena á uno de estos, y á su padre ahogándole. También observé que á los suplicios de Tántalo añadía uno que tiene á este infeliz príncipe en un espanto continuo; y es una roca enorme, pronta siempre á caer sobre su cabeza, pero había tomado esta idea del poeta Arquíloco.

Estas dos pinturas, la primera de las cuales contiene mas de cien figuras, y la segunda mas de ochenta, producen un grande efecto, y dan una idea elevada del ingenio y capacidad de Polignoto. Los que estaban al rededor de nosotros, ensalzaban sus bellezas, y censuraban sus defectos; pero todos convenian en que el artista había manejado unos asuntos tan grandes y tan vastos, con tanta inteligencia, que en cada pintura resultaba un rico y magnífico conjunto. Las figuras principales se conocen por sus nombres, que están escritos cerca de ellas: uso que se ha perdido despues de haberse perfeccionado el arte.

Mientras nosotros admirábamos estas obras, nos vinieron á avisar que Polifron nos esperaba en la sala del convite. Hallámosle en medio de una espaciosa tienda cuadrada, cubierta y cer-

rada por los tres lados con tapices pintados, que se conservan en los tesoros del templo, y que Polifron había pedido prestados. El techo representaba por un lado el sol cerca de ponerse, y por el otro la aurora que comenzaba á descubrirse; en el medio la noche en su carro, vestida de gasas negras, y acompañada de la luna y estrellas. Sobre los demas tapices se veían centauros, hombres á caballo persiguiendo los ciervos y leones, y naves que combatían entre sí.

El banquete fué suntuosísimo y largo. Mandaron venir mugeres que tocaron la flauta: el coro de las tesalas cantó conciertos encantadores, y los tesalos nos presentaron la imagen de los combates en sus bailes sabiamente ejecutados.

Algunos dias despues subimos al nacimiento de la fuente Castalia, cuyas aguas puras y frescas forman hermosas cascadas en la caída del monte. Sale en grandes borbotones, entre las dos cimbras de rocas que dominan la ciudad de Delfos.

Continuando desde allí nuestro camino hacía el norte, despues de haber andado mas de sesenta estadios *, llegamos á la caverna de Co-

* Cerca de dos leguas y media (cerca de 2 leguas de España).

ricio, por otro nombre la caverna de las Ninfas, porque está consagrada á ellas, como tambien á Baco y á Pan. El agua que mana por todas partes forma arroyuelos inagotables: aunque la caverna es muy honda, la alumbrá casi toda la luz del dia. Es tan grande, que en tiempo de la expedicion de Xerxes, la mayor parte de los habitantes de Delfos tomaron el partido de refugiarse á ella. En las inmediaciones nos mostraron muchas cavernas, que excitan la veneracion de los pueblos; porque en estos sitios solitarios todo es sagrado, y está poblado de genios.

El camino que llevábamos ofrecia sucesivamente á nuestra vista mil objetos varios, valles agradables, bosquecillos de pinos, tierras susceptibles de cultivo; rocas que amenazaban nuestras cabezas; precipicios que parecian abrirse delante de nuestros pasos; algunas veces puntos de vista, desde donde nuestras miradas caian desde una altura grandísima sobre las campiñas inmediatas. Descubrimos cerca de Panopea, ciudad situada á los confines de la Fócide y de la Beocia, unos carros llenos de mugeres, que bajándose de ellos, danzaban al rededor. Nuestros guías reconocieron que eran las Tiades ateniensas. Son estas unas mugeres iniciadas en los misterios de Baco, que vienen todos los años á juntarse con las de Delfos,

para subir juntas á las alturas del Parnaso, y celebrar allí con igual furor las orgías de este dios.

Los excesos á que se abandonan, no sorprenderán á los que saben cuan facil es exaltar la imaginacion viva y ardiente de las mugeres griegas. Mas de una vez se ha visto un número grande de ellas esparcirse como torrentes por las ciudades y provincias enteras, desgreñadas, y medio desnudas, dando ahullidos espantosos, sin haber sido menester mas que una chispa para producir estos incendios. Algunas de ellas, animadas repentinamente de un espíritu de vértigo, se creian penetradas de una inspiracion divina, y comunicaban estos raptos frenéticos á sus compañeras. Cuando estaba para acabarse el acceso del delirio, se hacian remedios y expiaciones, para restituir la calma á sus ánimos. Estas epidemias son menos frecuentes despues del progreso de las luces; mas todavía hay reliquias de ello en las fiestas de Baco.

Continuando nuestro camino entre montañas amontonadas unas sobre otras, llegamos al pie del monte Licoreo, el mas alto del Parnaso, y quizá de toda la Grecia. Se dice que aquí fué donde se salvaron los habitantes de esta region, para librarse del diluvio sucedido en tiempo de Deucalion. Intentamos subir á él; mas despues

de muchas caídas reconocimos que, si es fácil subir á ciertas alturas del Parnaso, es dificultosísimo llegar á la cumbre, y bajamos á la ciudad de Elatea, la principal de la Fócide.

Esta pequeña provincia está rodeada de altos montes: se entra en ella por desfiladeros, en cuya salida han construido los Focenses plazas fuertes. Elatea los defiende de las irrupciones de los de Tesalia; Parapotamies de las de los Tebanos. Otras veinte ciudades, situadas las mas de ellas sobre peñas, están cercadas de murallas y torres.

Al norte y al este del Parnaso se hallan hermosas llanuras regadas por el Cefiso, que nace al pie del monte Eta, mas arriba de la ciudad de Lilea. Los de aquellas cercanías dicen que en ciertos dias, principalmente despues de medio dia, sale este rio de la tierra con furor, haciendo un ruido semejante al bramido de un toro. Yo no he sido testigo de esto: solamente le he visto correr silencioso y torcer muchas veces su curso en medio de las campiñas cubiertas de diversas especies de árboles, granos y pastos. Parece que aficionado á sus beneficios no puede dejar los sitios que engalana.

Los demas distritos de la Fócide se distinguen por diversas producciones particulares. Son estimados el aceite de Titorea, y el eléboro de Anticira, ciudad situada sobre el mar de Co-

rinto. No lejos de aquí los pescadores de Bulis recogen aquellas conchas con que se tiñe la púrpura. Mas arriba vimos en el valle de Ambriso excelentes viñedos, y muchos árboles en que se crían unos granos que dan á la lana un hermoso encarnado.

Cada ciudad de la Fócide es independiente, y tiene derecho de enviar sus diputados á la dieta general, donde se tratan los intereses de la nacion.

Los habitantes celebran un gran número de fiestas; tienen muchos templos y estatuas; pero dejan á los demas pueblos el honor de cultivar las letras y las artes, ciniéndose su principal ocupacion á la labranza y los cuidados domésticos. En todos tiempos han dado pruebas brillantes de su valor, y en una ocasion particular un testimonio espantoso de su amor á la libertad.

Hallándose próximos á sucumbir bajo las armas de los Tesalos, que con fuerzas superiores habian hecho una irrupcion en su pais, levantaron una gran pira, y cerca de ella pusieron sus mugeres, hijos, el oro, plata y los muebles mas preciosos: confiaron su guardia á treinta de sus guerreros, con orden de que, en caso de ser derrotados, degollasen á las mugeres y á los niños, arrojasen en la hoguera los efectos que se les confiaban, de matarse ellos mismos

unos á otros , ó ir al campo de batalla á perecer con el resto de la nacion. El combate fué largo , y la carnicería horrible : los Tesalos huyeron , y los Focenses quedaron libres.



CAPITULO XXIII.

SUCESOS MEMORABLES DE LA GRECIA, DESDE EL AÑO 561 HASTA EL DE 537 ANTES DE JESUCRISTO. MUERTE DE AGESILAO, REY DE LACEDEMONIA. SUBIDA DE FILIPO AL TRONO DE MACEDONIA. GUERRA DE LOS ALIADOS.

Mientras nosotros estábamos en los juegos píticos , oímos hablar mas de una vez de la última expedicion de Agesilao , y á nuestro regreso supimos su muerte *.

Tacos, rey de Egipto, dispuesto á hacer una irrupcion en la Persia , juntó un ejército de ochenta mil hombres , y quiso sostenerlo con un

* En el año tercero de la olimpiada 104 , la cual corresponde á los años 562 y 561 antes de J. C.